



ESPLENDOR Y MISERIA DE EDICIONES ORIENTE (MADRID 1927-1932). UN GRUPO EDITORIAL DE AVANZADA PARA CONSTRUIR LA REPÚBLICA / EDICIONES ORIENTE'S SPLENDOUR AND MISERY (MADRID (1927-1932). AN AVANTGARDE PUBLISHING GROUP TO BUILD THE REPUBLIC

ALEJANDRO CIVANTOS URRUTIA

Universidad de Granada

Recibido: 09/11/2018

Aceptado: 22/02/2019

Resumen: Ediciones Oriente es una de las más importantes iniciativas culturales republicanas surgidas durante la dictadura de Primo de Rivera. Desde este grupo editorial se realizó una muy radical apuesta por la unidad obrera y por hacer confluir todas las tendencias de izquierda con objeto de erosionar el régimen. También se promovió un nuevo modelo de intelectual concienciado y un movimiento de vanguardia social y política, la literatura de avanzada, que dará lugar a la corriente conocida como “el nuevo romanticismo”. Frente a la desgastada política tradicional y a la reaccionaria y elitista literatura deshumanizada, la propuesta de Ediciones Oriente prendió bien entre los lectores consolidando una alternativa cultural y política sin duda clave en los últimos tiempos de la monarquía. Sin embargo, no supo sostenerse en el tiempo y sucumbió con rapidez a la dispersión de las mismas fuerzas políticas que había pretendido conjuntar.

Abstract: Ediciones Oriente is one of the most important cultural republican initiatives emerging during the Primo de Rivera dictatorship. This publishing group made a very radical commitment to the unity of the working class and to the unity of all leftist tendencies, in order to erode the regime. A new model of conscious intellectual and a social and political vanguard, “the advance party literature”, were also promoted, which will lead to the current known as “the new romanticism”. Unlike the worn-out traditional politics, and reactionary and elitist dehumanized literature, the initiative of Ediciones Oriente caught on among readers, strengthening a cultural and political alternative that undoubtedly was key in the late monarchy. Nevertheless, it was not able to last and quickly gave in under the dispersal of the same political forces that it had tried to unite..

Palabras clave: Gestión editorial, izquierda republicana, libro obrero, anarquismo.

Key words: Editorial management, republican left wing, working class publishing, anarchism.

Civantos Urrutia, Alejandro. «Esplendor y miseria de Ediciones Oriente (Madrid 1927-1932). Un grupo editorial de avanzada para construir la República». *Cultura de la República. Revista de Análisis Crítico*, 3 (junio 2019): 114-144.

DOI: <https://doi.org/10.15366/crrac2019.3.005>. ISSN: 2530-8238

El siempre necesario proceso de «socavación cultural» que precede a todo gran movimiento histórico (Fuentes, 1981: 41) coloca a Ediciones Oriente en un lugar de excepción para comprender mejor la radicalidad de la crisis de la monarquía alfonsina y la heterogeneidad de las fuerzas que la combatían. Y ello no sólo porque, como los propios promotores de la editorial reconocían, se trataba de ir mucho más allá de la mera gestión cultural con el objetivo de situarse en el mapa político del momento, sino porque algunos de sus fundadores no iban a tardar en ocupar posiciones de responsabilidad en la entonces aún fantaseada República. De algún modo, el efímero grupo editorial iba a convertirse en paradigma de aquel periodo vertiginoso en el que tantos mitos se estaban derrumbando para construir otros en ocasiones no mucho más sólidos.

La cultura política como sambenito

Ediciones Oriente se funda en diciembre de 1927, un año sin duda importante en el proceso que va a culminar con la proclamación de la II República, pues también se había fundado la FAI en Valencia (Tuñón de Lara, 1977, III: 50) y se habían creado los dos grandes oligopolios estatales Telefónica y CAMPSA, los más representativos acaso de la modernización autoritaria (González Calleja, 2005) con la que Primo de Rivera alumbró el moderno capitalismo español y sus no tan nuevas familias.

No obstante, Ediciones Oriente va a construir su relato en contraposición al que, con el tiempo, iba a acabar convirtiéndose en el gran acontecimiento cultural de aquel año, pues el 17 de ese mismo mes de diciembre, en el Ateneo de Sevilla, iba a producirse la constitución de un grupo de notables, aunque jóvenes escritores, «brillante pléyade de poetas» auto-constituida en generación, que llevaba ya tiempo reivindicando la literatura «pura»: lúdica, deportiva, despreocupada y a la vez aristocrática y selecta que encarnaba como nadie el poeta barroco cordobés Luis de Góngora, del que se conmemoraban entonces tres siglos de su fallecimiento, y al que festejaron incluso con una misa (Gibson, 2007). Así, la Generación del 27 quiso acaparar la revolución cultural en aquellos días con su proyecto de poesía pura y deshumanizada, que ellos identificaban con la vanguardia, y difundían con tenacidad desde diversas tribunas, editoriales de peso (señaladamente Espasa-Calpe) y publicaciones periódicas, la más importante sin duda *Revista de Occidente*, fundada en julio de 1923, «de espaldas a toda política» (Ortega, 1923), por José Ortega y Gasset, que

ejercerá de ingeniero-jefe de aquella operación de depuración y limpieza de la literatura española¹.

Concebido en no pocos aspectos como una respuesta a ese proceso, el acto fundacional de Ediciones Oriente fue, desde luego, mucho más modesto y sin repercusión alguna. Tan sólo diez socios, que aportaban cada uno 2.000 pesetas en cuotas mensuales de cien, y una desvencijada imprenta, propiedad de Joaquín Arderús y Rafael Giménez Siles, Argis, nombre formado con las iniciales de los apellidos de los dos socios, e instalada en principio en la calle General Lacy número 46 (Santonja, 1986: 155). Se encargaba de la dirección literaria Juan Andrade, habitual de los partidos extremistas y obreros², y de la gerencia el prometedor periodista madrileño José Venegas. Participaban asimismo activamente Joaquín Arderús, José Díaz Fernández, Justino de Azcárate, José Antonio Balbontín, José Lorenzo y Rafael Giménez Siles, todos viejos conocidos desde los tiempos de *El Estudiante*³. Apoyaban con capital los más moderados Caneja y Bustelo. La editorial tuvo su primera sede en la calle de Fernán Flor y hasta la elección de la pintura de la oficina pretendía ser ya una toma de posición ideológica. El que fuera su gerente lo explicaba así:

¹ En ocasiones la “limpieza” fue casi razzia, pues se impuso un «espíritu de clan» a través del cual «como se ve, con suaves, casi cortesés e inteligentes codazos, lograron abrir un capítulo para ellos solos en la abigarrada nómina lírica de los años veinte» con un afán «limitador y exclusivo» pues «estos apasionados individualistas se comportaban como las abejas: un solo enjambre no podía soportar dos reinas». Por otra parte, puede que tampoco sea casual que este grupo poético se engendrara a sí mismo como Generación durante la Dictadura de Primo de Rivera, que arriba al poder el mismo año que echa a andar *Revista de Occidente*, pues «cuando Dámaso Alonso afirma que “entre ellos no hubo un sentido conjunto de protesta política, ni aun de preocupación política” podemos pensar que escritores así son los que las dictaduras necesitan y fomentan». Cfr. González (1981: 8-39). Para el «irracionalismo germanizante» de Ortega cfr. Blanco, Rodríguez y Zavala (2000, II: 207-208); para sus indiscutibles habilidades mercadotécnicas, así como para el disimulo, la doblez y el subrepticio colaboracionismo con la involución, la apasionante biografía “contra Ortega” *El Maestro en el Erial*. Cfr. Morán (1998).

² «De todos nosotros era el que estaba en mejores condiciones para contratar los libros que pretendíamos, porque había militado desde antiguo en partidos extremistas, se había vinculado a muchos revolucionarios europeos, conocía idiomas y mantenía correspondencia con los intelectuales de izquierda de distintos países» (Venegas, 1944: 150).

³ Cualquier estudio serio que pretenda analizar la rápida configuración de una izquierda a la izquierda en la intelectualidad de entonces habrá de comenzar indiscutiblemente por esta modesta revista estudiantil, fundada en Salamanca en la primavera de 1925 y azote implacable de «los intelectuales de nómina y enchufe, que habían hecho de su condición un medio de vida, una profesión al servicio del Estado, de las empresas o de los magnates». *El Estudiante* pretendía a las claras «acabar con el museo de prestigios pretéritos y marchitos» que era entonces la Universidad y con esa «casta sacerdotal de los intelectuales españoles, nido de egoísmos, cobardías y bajezas» para decantarse por un «arte político», «de la acción y de los hechos», «que irradie por el pueblo las ideas de civilidad y de justicia». Colaborando en esta revista, que se editó hasta mayo de 1926, trasladada ya a Madrid para su segunda época, se conocieron los protagonistas del futuro movimiento editorial de avanzada. Cfr. Aznar Soler (2010: 59-76) y Luis (1994: 284-298). Para las citas, vid. *El Estudiante*: nº 13, Julio de 1925: s/n, y nº 6, enero de 1926: I.

Resolvimos, con objeto de impresionar a los visitantes y escandalizar a las personas respetables, pintar las paredes de negro hasta la mitad de su altura, y el resto, con el techo, de un rojo vivísimo. Las luces quedaron encerradas en estrellas de cinco puntas (Venegas, 1944: 147).

La posición de los jóvenes promotores de la nueva editorial no era, desde luego, ni cómoda ni fácil. Representantes de una tendencia no ya desconocida sino ciertamente insólita en nuestro país, no fueron recibidos con agrado pues, como el mismo Venegas suscribe en sus memorias «[en España] lo poco que hay de clase media ha alcanzado su posición no en lucha con la nobleza y con la iglesia, sino protegido por esas dos fuerzas» (Venegas, 1944: 131). De manera que esta izquierda radical republicana, que se encontraba en realidad más próxima al mundo obrero que a su propio horizonte de clase, quiso jugar con audacia sus cartas en el proceso de configuración ideológica de las fuerzas antimonárquicas haciendo ver cuánto de reaccionario y de defensa del *statuo quo* había, en el fondo, bajo todo ese edificio del arte deshumanizado y la poesía pura y ensimismada. De ahí que, desde el nombre de la editorial hasta el diseño mismo de los libros que editaban, fuera todo un puñetazo en la mesa, una denuncia activa y una auténtica toma de posición frente a los productos culturales propios de la burguesía convencional que, a su juicio, entonaba con la *Revista de Occidente* el toque de arrebato para salvar el sistema.

Se hace evidente que la propia decisión de promover una editorial va mucho más allá de la mera estratagema para evitar el hostigamiento feroz de la censura con las publicaciones periódicas, como defendían algunos de sus impulsores (Venegas, 1944:138-139; Balbontín, 1952: 187) sino que, en toda regla, lo que se pretendía era una operación de construcción, configuración y difusión de una cultura política de la que el país carecía, en opinión de los socios. La mayor parte de ellos venía de haber publicado en Madrid durante medio año la revista *Post-Guerra*, que habían dirigido Giménez Siles y Balbontín, y que de hecho siguió editándose hasta septiembre de 1928. En ella habían librado, en perfecta contigüidad con los propósitos de la ya citada *El Estudiante*, toda una cruzada contra el «señoritismo intelectual» y la «falsa vanguardia» que, para ellos, suponía el arte deshumanizado e intelectualista, que en el fondo «es reaccionario y sólo sirve a los intereses de la clase dominante, verdadera beocia antiartística» (*Post-Guerra*, 13, 1928: 3). Como contrapartida, veían que sólo era posible un «arte social» que reflejara el nuevo tiempo, donde el intelectual «lleve a cabo, al lado del proletariado, la lucha contra la producción y la dominación de la burguesía» (*Post-Guerra*, 1927, 4: 1). Y aún más cuando *Post-Guerra* era una publicación «consagrada, en general, a

defender los intereses económicos de los trabajadores y, en particular, a combatir las influencias burguesas en las artes y en la literatura» (*Post-Guerra*, 1928, 13: 3). Quizá, de hecho, el mejor artículo que publicara la revista fue el célebre «Acerca del arte nuevo» de José Díaz Fernández, en el que cobraba carta de naturaleza ese «arte novísimo con intención social» que luego alcanzará la feliz formulación de “el nuevo romanticismo” o “literatura de avanzada”, suerte de arte de vanguardia socialmente comprometido que era, según el autor de *El Blocao*, el único posible en aquella dinámica histórica de 1927 (Díaz Fernández, 1927: 6-8).

De manera que es más que seguro que, desde las páginas de *Post-Guerra*, se realizara el primer ensayo serio y sistemático por parte de la burguesía patria para luchar contra la cultura como privilegio de clase, afirmando los valores populares y denunciando la falsía de los intelectuales de salón, con sus mil asepsias y esteticismos, pero no se nos escapa que se trataba también de un tal vez pretencioso intento de capitalizar políticamente al movimiento obrero, que vivía con la dictadura de Primo de Rivera sus horas más terribles, y atraerlo al republicanismo. Ediciones Oriente, en fin, venía a constituirse en corolario de ese esfuerzo y sus jóvenes promotores, con la magra experiencia de un par de revistas a su espalda, querían culminar con ella el proceso de configuración y puesta de largo de una tendencia política rabiosamente nueva en el panorama nacional: republicana, pero profundamente crítica con el republicanismo histórico español, centrado en el laicismo y en las fórmulas burocráticas del poder pero no en la ruptura con la economía de la explotación; situada a la izquierda del PSOE, del que a menudo denunciaban su morigerada postura posibilista, pues aspiraba a reformar el sistema y no a romperlo; universitaria, pero a la vez muy crítica con la posición de la universidad en la crisis del sistema canovista y con el papel de los intelectuales en el organismo social; y en fin, promotora de la unidad obrera y la integración del intelectual en la misma, además de totalmente desvinculada de la burguesía liberal de la que procedían en realidad todos. En definitiva, y más allá de ser «un grupo de intelectuales y artistas que vinieron a aunar vanguardia artística y política, a superar el divorcio entre intelectuales y pueblo y a trabajar por la difusión de la cultura» (Fuentes, 1981: 86), con la nueva editorial querían construir una tribuna de difusión de las nuevas ideas y presentarse como la alternativa más viable ante el inminente colapso de la monarquía.

Monárquicos, burguesía liberal y movimiento obrero contaban con sus órganos de prensa y sus espacios de producción y reproducción ideológica; era, en realidad, esta izquierda radical la que carecía de ellos y Ediciones Oriente venía a cubrir ese hueco, una vez que se consideró a la revista *Post-Guerra* insuficiente para

ello. Proponiéndose como alternativa a la desgastada burguesía tradicional, que entonaba con la poesía pura su propio canto de cisne, los promotores de la nueva editorial quisieron convertirla en el altavoz necesario de la nueva generación en vísperas de una república que se percibía cada vez más inminente. En este viaje se sintieron en realidad muy cerca de las experiencias editoriales anarquistas, que también pasaban con frecuencia de editar una revista a constituirse en editorial, y con las que también compartían el espíritu de beligerancia política, de defensa de una cultura a ras de suelo, manchada de realidad, sucia de labrantías y de fábricas y comprometida con los más damnificados por un régimen de explotación capitalista que no estaban muy seguros de que el republicanismo histórico estuviera dispuesto a combatir del todo. La influencia del libro popular anarquista en la nueva aventura editorial no es en absoluto desdeñable, aunque añadieran y priorizaran una nada disimulada tendencia a la mitificación de la experiencia revolucionaria soviética, por la que los anarquistas, en cambio, enseguida habían perdido el entusiasmo (Civantos Urrutia, 2017: 208-209).

La experiencia de Oriente

Frente al populismo, literatura realmente popular; frente al elitismo, colectivismo; frente al juego formalista, compromiso, y frente al plácido y desproblematizado mundo occidental, la problemática y tumultuosa realidad del mundo en el meridiano de Oriente. Así quiso presentarse la nueva editorial, como una apuesta radical por alejarse de la cultura canónica burguesa para aproximarse al horizonte cultural proletario, el motor que habría de derribar el viejo mundo, como creía Díaz Fernández.

Congruente con su imagen, Ediciones Oriente se inspiraba mucho más en experiencias previas como el libro popular anarquista, modesto, económico y encarnación de un cierto espíritu de clase, que en los productos culturales *mainstream* a los que acusaban de esclerotizados y reaccionarios. Como aquel, trató de buscar nuevos públicos renovando el concepto de lo literario y lo cultural, y también pasó por notables dificultades económicas, persecuciones, cierres y zancadillas por parte del mundo de la edición convencional. Para empezar, mientras aún se preparaban los primeros libros, Rafael Giménez Siles fue encarcelado por incitación a la sublevación de los soldados de Marruecos⁴. Por otro

⁴ Significativamente hay poco de experiencia española en las memorias de Rafael Giménez Siles, que había nacido en Málaga en 1900 y que acabará siendo una de las figuras esenciales de la vida editorial

lado, la nueva editorial, aún antes de dar a luz sus primeros volúmenes, empezó a padecer la negativa a colocar sus títulos por parte de librerías y distribuidoras. Venegas recuerda que el gerente de Espasa-Calpe se negó a distribuir los futuros libros pues «consideraba –no sin fundamento– nuestra aventura una tontería de señoritos metidos a perturbadores» (Venegas, 1944: 149).

Distribuidos finalmente por el Centro Editorial Minerva de Javier Morata, los libros empezaron a salir de la imprenta en febrero de 1928 (Santonja, 1986: 170-171). En su aspecto formal, los volúmenes supusieron ya un terremoto en el ámbito del diseño, con sus vistosas portadas a dos tintas y su acusada influencia del cartelismo ruso y aún de la vanguardia suprematista (Freixes y Garriga, 2006). La mayor parte de ellas corrieron a cargo de Ramón Puyol, el más representativo portadista del movimiento editorial de avanzada y creador también del emblemático logo de la editorial, con un libro abierto al sol naciente. El dibujante y traductor polaco Mauricio Amster, recién llegado a nuestro país, completó casi todas las demás. Ambos proporcionaron una imagen muy característica a los libros de la editorial, cuya maquetación estaba también muy cuidada. Se utilizó asimismo la novedosa técnica de presentar el mismo volumen con distintas portadas, algo que se hizo con algunos títulos, como *Julio Jurenito* de Ehreburg y que luego sería muy imitado por el resto de editoriales de izquierda⁵.

iberoamericana desde su llegada a México en mayo de 1939 para vivir un exilio al que se entregó sin reservas. En julio de aquel año ya había fundado EDIAPSA (Edición y Distribución Ibero Americana de Publicaciones S.A.), aprovechando todo lo aprendido en los tumultuosos años de Oriente, y la dirigió con obstinación durante cuarenta años, convirtiéndola en todo un gigante de la industria del libro en español. En su nueva vida hizo renacer también el libro en Iberoamérica, no sólo a través de EDIAPSA sino impulsando editoriales como Colón, Norgis Editores o Diógenes o fundando librerías (más de 18 sólo en el D.F., incluyendo la célebre Librería de Cristal de la Pérgola, en la Alameda central, todo un símbolo de la ciudad) y ferias bibliófilas al aire libre. Librerías sin mostradores, donde los libros se podían tocar y ojear, algo hoy de lo más normal y entonces todo un acontecimiento. Totalmente sumergido en el mundo cultural americano, en 1944 creó la Asociación de Libreros y Editores Mexicanos que daría lugar después al Instituto Mexicano del Libro. También fundó y dirigió la revista *Romance*, en la que publicaron Arguedas, Octavio Paz, Salvador Novo o Alfonso Reyes, además de lo más granado de nuestro exilio, como Bergamín, Alberti, M^a Teresa León, Benjamín Jarnés o León Felipe, y participó en la fundación de la editorial S.XXI. De España sólo quiso acordarse por su papel en el impulso a la Ferias del Libro de Madrid, que nacieron en los años republicanos. Nada de *Post-Guerra*, que había dirigido, ni de Ediciones Oriente ni de Argis, ni de la mítica Imprenta Rotativa (Imp-Rot), que promovió financiado por el Partido Comunista, y ni siquiera de Cénit, la más importante editorial del periodo republicano, donde impulsó con viveza el libro popular hasta las puertas mismas de la Guerra Civil con un catálogo de más de 200 títulos. Dotado de una inmensa capacidad organizadora, infatigable, Giménez Siles fundó también la Editorial Nuestro Pueblo, cuando Cénit echó el cierre. Pero nada. Una vez que llegó a México fue ya otro hombre. Igual de tenaz, de hábil y de experto en el mercado editorial, pero algo esquivo con España. Tal vez por vocación quiso dejar atrás este país de todos los demonios, descreído del todo de sus compatriotas, y murió en 1991 en México D.F. Cfr. Giménez Siles (1978 y 1981), Santonja (1989: 11-12) y Somolinos (2016). Para su contribución a las Ferias del Libro, Martínez Rus (2003).

⁵ Autor de la más famosa serie de carteles litográficos republicanos para el Socorro Rojo Internacional durante la Guerra Civil, entre ellos el celeberrimo 'No pasarán', Ramón Puyol es

Como recordaba Venegas:

La aparición de nuestros volúmenes produjo un verdadero alboroto en el mundo editorial. No sólo eran libros de un tono y un carácter que chocaban con lo que solía publicarse en Madrid, sino que introdujimos novedades en su lanzamiento (Venegas, 1944: 151).

Así las cosas, el periodista de *La Gaceta Literaria* Santiago de la Cruz podía saludar a Ediciones Oriente como «una de las más modernas editoriales españolas, por la fecha de su creación y por los procedimientos de trabajo» (Cruz, 1929b: 6). Para empezar, Ediciones Oriente, en un esfuerzo nada disimulado por escapar del

considerado, en justicia, como el más importante cartelista e ilustrador de su tiempo, además del más notable impulsor de esta tendencia de arte popular en nuestro país. Gaditano de Algeciras, donde nació en 1907, se trasladó a Madrid apenas adolescente, y se sabe que estudió Artes en la Escuela de San Fernando, donde al parecer conoció a Rafael Alberti. Participó en el ‘Salón de Artistas Independientes’ en Madrid en 1930 y en 1933 ganó la Medalla de Oro en la Exposición Nacional de Pintura. Militante del PC, fundó la Agrupación Gremial de Artistas Plásticos y participó en la Exposición Universal de París. Por lo que sabemos, Puyol fue también escenógrafo de mérito, como demuestran los aún hoy turbadores decorados de *La Chinche* de Maiakovsky con su vanguardista imaginería. César Falcón o Alberti demandaron sus servicios como escenógrafo en más de una ocasión. De potente trazo de vanguardia futurista cubistizante, como dirá de él J.M. Bonet y un sí es no es de suprematismo a lo Malévich, Puyol encontró la revolución artística como portadista y diseñador de libros, sector del diseño gráfico que tiene contraída una enorme deuda con él. Trabajó con entusiasmo en todas las editoriales de avanzada que habrían de venir: Ediciones Oriente, Historia Nueva, Ediciones Ulises o, sobre todo, Cénit, y a todas prestó su potente imagen de marca. Sus audaces contrastes de color, sus sombreados a lo Ferdinand Léger, la singularidad en el diseño de los caracteres o su impagable habilidad para las lecturas gráficas de los textos marcaron época indudablemente, y los modernos diseñadores de libros son herederos, a no dudarlo, de aquella excitante experiencia de diseño popular. Fue también notable pintor y acuarelista, pero sobre todo se sintió a sus anchas en la épica revolucionaria y en el cartelismo de Guerra, donde consiguió aunar el nuevo realismo ruso, el muralismo mexicano y el expresionismo alemán, liderando la sección plástica de *Altavoz del Frente*, la multidisciplinaria propuesta artística de César Falcón. Puyol pagó caro su contribución a la lucha republicana, concretamente con dos condenas a muerte, que luego le fueron conmutadas por trabajos forzados en El Escorial. Sobrevivió casi como artista de gorra y limosna en el Madrid hambriento y altanero de posguerra. Artista de la derrota, sobreviviente de la cárcel pero no de la cruel autocensura, terminó sus días pintando ‘marinas’ de la bahía de Algeciras, donde murió en 1981. Cfr. Freixes y Garriga (2006: 153-159) o la muy interesante web dedicada a su obra: <http://www.ramon-puyol.es/>.

A Mauricio Amster, por su parte, se le recuerda más en Chile, donde recaló en el exilio, que en Polonia, donde había nacido en 1907 o en España, adonde acudió en 1930, atraído por las perspectivas que se abrían para los diseñadores gráficos con el libro de avanzada. Amster se entregó con denuedo a la revolución del diseño editorial de cuyo grafismo es uno de los máximos impulsores. Trabajó, como Puyol, en todas las nuevas editoriales y en todas manifestó eficacia y una notable versatilidad. Fue también traductor, y activo propagandista republicano durante la Guerra. A él se debe el diseño de la célebre *Cartilla Escolar Antifascista* y la portada para *El Labrador de más aire* de Miguel Hernández. Durante la Guerra llegó a dirigir la sección de Publicaciones del Ministerio de Instrucción Pública. Casado con la encuadernadora Adina Amenedo, su exilio fue chileno, por mediación de Pablo Neruda, a quien había conocido a través de Alberti. Y también allí habría de participar en una revolución gráfica similar a la que había emprendido en España, llegando a ostentar la Cátedra de Técnica Gráfica en la Universidad de Santiago, de cuya editorial fue diseñador principal. Murió en Chile en 1980, y allí está enterrado. Aquí, por lo que se ve, se lo había enterrado mucho antes. Cfr. Mengual (2014) y <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3608.html>.

reducido ámbito de «lo literario» o de la élite cultural, publicitaba sus volúmenes, más que en boletines bibliográficos, en revistas y periódicos, además de mediante carteles o incluso hojas de publicidad volandera o marcapáginas publicitarios, que entregaban como obsequio y que incorporaban con frecuencia fragmentos de otras obras del catálogo. Al igual que unas décadas antes los editores libertarios, en su intento por construir una cultura al margen de la hegemonía burguesa, editaron también algunas colecciones de pequeño formato, más económicas y accesibles. Siguiendo también de cerca al movimiento editorial libertario, intentaron diversificar su distribución, con objeto de buscar horizontes más amplios que les permitieran llegar a todos los rincones de la geografía peninsular y no sólo a las librerías, por lo general situadas en las grandes ciudades, lo que dejaba fuera de la cultura libresca los cinturones industriales, las hazas de labranza y las localidades rurales más aisladas. Así, los volúmenes de Ediciones Oriente se vendieron en quioscos, a contrarrembolso o mediante suscripción, y también a través de agentes comerciales, herederos del «paquetero» de las editoriales ácratas, algunas de ellas impulsadas de hecho desde núcleos rurales o sindicatos fabriles de la periferia. Todo ello permitió a Ediciones Oriente conectar con ese nuevo lector proletario que estaba surgiendo entonces, además de eludir sus iniciales problemas de distribución en los circuitos convencionales.

Por otra parte, Ediciones Oriente se enriqueció con un prestigioso aparato de traductores como Julio Gómez de la Serna o Ángel y Manuel Pumarega, émulos ahora de los José Prat o E. Álvarez, que habían animado el mundo de la edición ácrata algunos años atrás. La consideración del traductor, con el que se firmaba una exclusiva, y la importancia de las traducciones directas aun de los idiomas de extrarradio, sin pasar por el francés como era costumbre, fue otra de las notables aportaciones de la editorial al panorama del momento.⁶

⁶ Con respecto al equipo de traductores convendría también señalar sus vínculos con el extremismo político, sobre todo los hermanos Pumarega. El caso más paradigmático será el del hermano mayor, Ángel, que en la temprana fecha de 1915 había editado *Los refractarios*, publicación anarquista de poco recorrido pero que lo asoció señaladamente al mundo obrero. En 1922 ya había fundado la también efímera Unión Cultural Proletaria. Para 1925 Pumarega entra en contacto con los jóvenes editores de *El Estudiante*, en su segunda etapa, ya en Madrid, pero también pertenece al PCE, y más adelante llegó a dirigir *Mundo Obrero*. Con Gabriel García Maroto fundó en 1927 Editorial Biblos, una de las pioneras de la “rusofilia” en nuestro país y principal nutriente con sus quince títulos de la pequeña distribuidora que quiso ser “Biblioteca Post-Guerra”. Especializado en el inglés, firmó, no obstante, algunas traducciones del ruso para Biblos, como *Las ciudades y los años* de Fedin (junto con Norberto Guterman), *La semana* de Lebedinsky o *¿Adónde va Inglaterra?* de Trotsky. Por su parte, su hermano pequeño Manuel, que también venía de *El Estudiante*, fue el principal traductor de la última etapa de la editorial y hasta llegó a formar parte del equipo directivo. Participó activamente en el semanario *El comunista* y perteneció al PCE. En lo que concierne a Justino Azcárate, que era asimismo uno de los socios iniciales de la empresa y que igualmente venía de *El Estudiante*, sabemos que había sido abogado del sindicato de carboneros, y que algo conocía el ambiente obrero, si bien su vinculación fue más

Los nuevos y jóvenes editores sorprendieron también con una técnica que con el tiempo iba a resultar muy frecuente en el mundo editorial: fundaron una marca paralela, a modo de proyecto complementario, la editorial Historia Nueva, que habría de centrarse en la publicación de autores españoles e hispanoamericanos, con la intención de expandirse en el goloso mercado del otro lado del Atlántico. Venegas encargó la dirección de este proyecto al escritor y activista peruano César Falcón, con el que tuvo no pocas desavenencias. De esa manera, la matriz de Ediciones Oriente, con Juan Andrade al mando, podía centrarse en las traducciones y en la creación de esa corriente de pensamiento abierto a las realidades de Oriente que pretendían enfrentar al decadente eurocentrismo colonialista.

El primer libro de la nueva editorial fue, precisamente, un improvisado ensayo de Juan Andrade, *China contra el imperialismo*, libro-reportaje a la zaga de *La Nueva Rusia* de Álvarez del Vayo, y alargado de más para poder superar apenas las doscientas páginas que regateaban la censura, pero en realidad muy característico del carácter pro-oriental o, al menos, anti-occidental, del que la nueva editorial quiso hacer gala desde el principio. Inesperadamente o no, *China contra el imperialismo* alcanzó un éxito inmediato, agotando en apenas 15 días la primera edición de mil ejemplares⁷.

al republicanismo histórico, pues perteneció al Partido Reformista de Melquíades Álvarez y después a la plataforma promovida por Ortega Agrupación al Servicio de la República. Fue Subsecretario de Justicia con el socialista Fernando de los Ríos y hasta fugaz Ministro de Asuntos Exteriores con el Frente Popular. Su exilio fue venezolano, después de dos años preso en Valladolid que prefería no recordar, y a su retorno a España, en paradoja con figura de filigrana, acabó siendo en 1973, senador “por designación real”: «Majestad, lo cierto es que yo soy republicano», parece que dijo al rey entonces. Pedro Pellicena Camacho, otro de los esforzados introductores de la moderna literatura rusa, era socialista., al igual que José Lorenzo que lo había reclutado para Oriente por sus más que probadas virtudes como traductor. A Julio Gómez de la Serna, que sobre todo tradujo a Gide y acabó, como veremos, siendo efímero director literario aquí y luego en Ediciones Ulises, y a José Viana, que fue el encargado de traducir el gran éxito *Los conquistadores* de Malraux, no se les conocen simpatías políticas tan escoradas y desarrollaron ambos fructíferas carreras en su campo. Cfr. Bueno Sánchez (s/f); Santonja (1986: 163, 183-184) y (1989: 112-126); Mengual (2017) y Jáuregui (1984).

⁷ El caso es que Juan Andrade (1898-1981), a pesar del tibio silencio que ha acabado cayendo sobre él, ocupa, en opinión de Gutiérrez-Álvarez, un lugar excepcional en la historia de la izquierda revolucionaria española. Casi adolescente había dirigido ya un periódico de izquierda radical en Madrid, *Los bárbaros*, cuyo nombre da buena medida de sus intenciones. No obstante, Andrade radicalizó aún más sus posiciones, entusiasmado por la Revolución Rusa, en los siguientes años, y participó en la fundación del Partido Comunista de España. Rutinario funcionario de Hacienda por las mañanas, Andrade era un infatigable agitador cultural que, a los 22 años, dirigía ya *El Comunista*, órgano principal del nuevo partido, y luego la editorial y el semanario *La Antorcha* que, en condiciones rocambolescas, logró seguir editando hasta el mismo 1927, a pesar de la furibunda represión militar, que a él mismo le costó su puesto de funcionario. Luego participó en *Post-Guerra* y en la fundación de Ediciones Oriente, de la que fue ideólogo, director literario y cuyo catálogo inauguró con este seminal libro sobre China. En todo caso, Andrade desata con el libro una oleada de indignación dentro del mismo partido comunista, que lo expulsa por trotskista. Casi un apestado del comunismo, que él había ayudado a traer al país, participó en la gestación de la Izquierda Comunista de España, y después, desautorizado incluso por el mismo

Le siguieron cinco títulos totalmente inéditos de autores rusos contemporáneos, lo que pretendía ser el auténtico buque insignia de la editorial: *Lenin y el mujik*, de Gorki, *Los mujiks*, de Constantino Fedin, *La bolchevique enamorada*, de Alejandra Kolontay, *¿Adónde va Rusia? ¿Hacia el capitalismo o hacia el socialismo?*, de Trotski, y *Julio Jurenito y sus discípulos*, de Ilyá Ehremburg.

No había muestra más cristalina del plan editorial que esta aparición, en andanada, de títulos firmados por nuevos autores de la Rusia bolchevique. Pese a ello no está de más recordar que estos autores, no eran, en realidad, tan nuevos por estos pagos⁸. Fedin, por ejemplo, había sido publicado ya por Biblos en 1927 con su obra maestra, el fresco histórico sobre la I Guerra Mundial y la Revolución de Octubre *Las Ciudades y Los Años*, que fue reeditado al año siguiente. La aparición, pues, en Ediciones Oriente, de los relatos de *Los Mujiks* puede entenderse como parte de la campaña de imagen que pretendía consagrar a Fedin como símbolo de la nueva literatura, pero esta última era obra ciertamente muy menor (se tituló además como “novela” sin serlo) y no gozó de reediciones. Como tampoco las tuvo *La bolchevique enamorada* de Alejandra Kollontay, la activista rusa defensora de los derechos de la mujer. Comisaria del Pueblo desde Octubre de 1917 y organizadora del I Congreso de Mujeres Trabajadoras de Rusia, en su caso había sido la editorial ácrata Redención, de Alcoy, la que había puesto en circulación su folleto *La oposición obrera en Rusia* en la temprana fecha de 1922. Por su parte, Trotski y Gorki habían sido editados ya profusamente en España, especialmente el segundo, que había aparecido en las editoras ácratas Editorial Moderna de Barcelona o El Cráter Social del Ramo del Vidrio, también de la ciudad condal; en la editorial comunista La Antorcha, dirigida a la sazón por el propio Andrade, y también en Biblos, que dirigía el traductor Ángel Pumarega, pero también en editoras de mayor prosapia como Espasa Calpe o Sempere, que habían publicado sus cuentos o sus conocidas novelas *Los bajos fondos* y *La madre*. *Lenin y el mujik*, en traducción directa de Pedro

Trotski, participó en 1935 en la fundación, con Andreu Nin y Joaquín Maurín, del Partido Obrero de Unificación Marxista, el POUM, que tanta importancia iba a cobrar durante la contienda en Cataluña. Dirigió *Comunismo* desde 1931 y, después de 1935, la revista *La Batalla* y la Editorial Marxista. Su exilio fue francés, vinculado siempre al POUM, el partido que atravesó el penoso Gólgota del destierro con menos claudicaciones. Cfr. Gutiérrez Álvarez (2006) y Santonja (1986: 60-63).

⁸ Paradójicamente la “fiebre rusa” se había iniciado en 1926 en Espasa Calpe, el grupo editor de *Revista de Occidente*, con *La nueva Rusia* de Julio Álvarez del Vayo, que abrió toda una corriente de viajeros escépticos y liberales de viejo cuño que acababan fascinados por la experiencia revolucionaria soviética, y que dio su mejor muestra con *Un notario español en Rusia* de Diego Hidalgo, editada por Cénit en 1929. El mismo Vayo, que retomó después su experiencia en *Rusia a los doce años*, había decretado en su libro la anacronía de Tolstoi o Dostoyevski y promulgado a Ivanov como profeta de la nueva literatura rusa. En consonancia, Revista de Occidente editó su obra maestra, *El tren blindado*, aquel mismo año, e incluso un volumen de cuentos, pero también *Los tejones* de Leonov y *El farol* de Zamiatin, todos en traducción directa del ruso de Tatiana Enco de Valero. Cfr. Portnoff (1932).

Pellicena, ciertamente no aportaba nada nuevo al legado Gorki y parecía más bien título de circunstancias, traído para dar empaque al repertorio rusófilo con el que Ediciones Oriente quiso presentarse en sociedad. Por su parte, Trotski aparece en el paquete por iniciativa, a no dudarlo, del propio Andrade, comunista heterodoxo que fue clave para orientar los primeros pasos de Ediciones Oriente.

El caso de Ilyá Ehreburg es distinto porque el joven periodista ucraniano, que llegó a ser clave de bóveda del arte novísimo con intención social, era en 1928 un perfecto desconocido en nuestro país, y porque *Julio Jurenito*, una sátira atroz de la civilización occidental, escrita con desenfado y sin prejuicios social-realistas, es una obra maestra indiscutible. Como tal la trató Ediciones Oriente, en una edición de 365 páginas con traducción directa del ruso por Isaac Zeitlin y Ricardo Martín, que ha sido canónica, y con un prólogo de Nicolás Bujarin, que consagraba al autor como una estrella fulgurante de la nueva literatura. Ediciones Oriente editó además la obra con diferentes portadas, en novedosísima técnica editorial que pronto iba a ser imitada. Por su parte, Ehreburg, intelectual incómodo y fácilmente incomodable, siguió después muy vinculado a España, aportando obras de calidad a las nuevas editoriales de avanzada, como el formidable *España, República de Trabajadores*, editado por Cénit en 1932, y que es en realidad una demoledora y profunda crítica a la tímida España republicana que apenas empezaba a andar.

Con estos apretados seis primeros lanzamientos cubrió Ediciones Oriente todo el año 1928. Los guiños al comunismo, tanto el oficial como el más heterodoxo, marcan, desde luego, a una editorial que, de manera desenfadada, apostaba por una apertura de miras más allá del caduco Occidente, al que seguía cantando en salmodia la cultura oficial. De ahí su denodado esfuerzo por atender realidades periféricas en orden a superar el ensimismado ombliguismo del horizonte capitalista. Así, *Los conquistadores* de André Malraux, vibrante crónica novelada sobre la revolución hongkonesa de los cantones, que se había publicado en Francia en 1928 fue, en la traducción de José Viana, un inesperado éxito en español en los primeros meses del año siguiente. Aparte de ahondar en la temática “orientalizada” en la que quería especializarse la editorial, se trataba además del primer título del francés que vio la luz en nuestro país, muy lejos todavía de convertirse éste en el escenario de las crónicas bélicas y del rodaje de *Sierra de Teruel* que dieron a Malraux fama internacional a finales de los 30. También un éxito fue el título que le seguía en el catálogo, el claramente antisoviético *Cómo maté a Rasputín* de Yousupoff, traducido por Julio Gómez de la Serna y nueva apuesta en el alambre de la joven editorial. O *Tampico*, impresionante novela del entonces prometedor narrador norteamericano José Hergesheimer, terrible historia de ambición,

desigualdad y muerte en la que se denunciaban con fiereza las condiciones de trabajo en los pozos petrolíferos de la región huasteca, en el noreste de México. La novela, sin duda fascinante, apareció, en traducción de Manuel Pumarega, en diciembre de 1929 y conoció una reedición aumentada en 1932. No tuvo tanta suerte, pese a su relativo mérito, *La corriente del Golfo* de E.O. Kiessel, novela situada en Oriente Medio, traducida en 1930 por Gustav Adler y Miguel Pérez Ferrero. También respondía a esa apertura de miras hacia otras realidades *Leyendas de Guatemala*, el impresionante debut literario de Miguel Ángel Asturias, prodigio de experimentación oral sobre la mitología maya, muy próximo en realidad a la nueva vanguardia ética y estética que se pretendía impulsar desde esta izquierda radical republicana. No obstante, *Leyendas de Guatemala*, título que andando el tiempo iba a resultar mítico, pasó sin pena ni gloria en 1930 por el catálogo de Ediciones Oriente, como lo hizo, al año siguiente, *El sabotaje del plan quinquenal* de Kirilenko, suerte de tardío tributo al realismo soviético, prologado por Gorki y traducido esta vez por Ángel Pumarega, pero que apareció en las horas más bajas de la editorial, cuando la mayor parte de sus fundadores migraba hacia otros destinos literarios o políticos. Quizá el ciclo oriental se estaba cerrando.

Convergencias, divergencias y puntos de fuga

Al margen de lo específicamente “oriental”, Ediciones Oriente construyó inicialmente su catálogo con la clara intención de sostener y difundir una perspectiva crítica ante las realidades del capitalismo y entrando a fondo en el análisis de las desigualdades sociales que este iba generando a su paso. De manera que, frente al engolfamiento esteticista de los “señoritos de la literatura” y su deshumanizado formalismo, querían presentar libros a pie de calle, testimonios o libros-reportaje sobre los episodios más notables de la lucha de los pueblos contra el imperialismo, las turbias componendas del capital o las nuevas realidades económicas y sociales. De alguna manera, Ediciones Oriente, siguiendo una vez más la estela de las editoras obreras, vino a poner de moda, si así podemos llamarlo, el “libro político”, hasta entonces un perfecto desconocido de las librerías españolas, pero bastante asiduo de los quioscos y los portones de las fábricas. Es ahí donde cobran toda su dimensión títulos como *La religión en el país de los sóviets*, de J.F. Hecker, de 1930, *Los secretos del espionaje inglés*, de Robert Boucard también de 1930, *Fugados del infierno fascista*, de Francesco Nitti, el muy interesante *Panorama político del mundo*, de Paul Louis, traducido como el anterior por Manuel Pumarega en 1931 o

La ilusión de la moneda estable, de Irving Fisher, publicado en 1930 en traducción de Justino de Azcárate. Además de las memorias carcelarias del político socialista catalán Rafael Vidiella, *De París a la cárcel de Madrid*, o la crónica novelada de la inmigración española en Uruguay, *Cómo pervirtieron a Palleiros*, firmada por el muy recuperable novelista y dramaturgo gallego Nicasio Pajares, ambas de 1931. En 1930 la editorial además había puesto en la calle *El gran collar de la justicia (doctrina y polémica)* del jurista y político asturiano Álvaro de Albornoz, que acababa de fundar, junto con Marcelino Domingo, el Partido Republicano Radical Socialista, intentando achicar las aguas del republicanismo liberal hacia un modelo de estado mucho más social y vinculado al movimiento obrero, una constelación que no iba a tardar en atraer a la juventud de avanzada.

No obstante, para sorpresa de propios y extraños, el mayor éxito de la editorial fue *Corydon*, obra maestra de André Gide, traducida por Julio Gómez de la Serna en 1929 y que, para 1931, llevaba ya tres ediciones. El autor de *Los monederos falsos* apenas era conocido en España (tan sólo la editorial Calleja había editado *La puerta estrecha* en 1922), de manera que, una vez más a contracorriente, la editorial de avanzada hizo un órdago a la intelectualidad biempensante apostando por un título casi maldito en la bibliografía del autor y futuro premio Nobel. *Corydon*, en realidad un conjunto de polémicos ensayos sobre la homosexualidad por los que Paul Claudel le había negado incluso el saludo, había sido publicado en Francia en 1924 y ninguna editorial se había atrevido después con él pero, sorprendentemente, presentado con un extraño «prólogo antisocrático» de Gregorio Marañón, el *Corydon* de Ediciones Oriente fue un éxito inusitado y aún hoy sigue siendo la referencia en castellano para este título (la actual edición de Alianza Editorial mantiene la misma traducción y prólogo).

No siempre se fue congruente en la dimensión política y comprometida, todo hay que decirlo, ni tampoco en el planteamiento inicial de concentrarse en la traducción de títulos foráneos. Ediciones Oriente también publicó autores españoles, como Benjamín Jarnés, habitual de *La Gaceta Literaria* y de la *Revista de Occidente* y representante, en fin, de ese intelectualismo ensimismado que los jóvenes editores decían haber venido a combatir. Jarnés, que había inaugurado con *El profesor inútil* en 1926 la colección 'Nova Novorum' en la editorial de Ortega y Gasset, aparece aquí con *Locura y muerte de Nadie*, de 1929, un título sin duda valioso dentro del experimentalismo novecentista pero que poco debía de decirle a los potenciales lectores de la que fuera primera editorial de avanzada político-literaria de nuestro país. Lo mismo podría decirse de *Efigies*, de Ramón Gómez de la Serna, campeón de esa literatura lúdica y deportiva que propalaba por el

mundo la pléyade del 27, para los que el inventor de las *Greguerías* era como un hermano mayor, aunque tal vez su presencia fuera una concesión al que realmente lo era de manera biológica, el traductor Julio Gómez de la Serna, tan implicado en Ediciones Oriente que acabaría siendo su director literario a no mucho tardar. Ni Jarnés ni “Ramón” obtuvieron reediciones, pues ni estaban ni se les esperaba en una editorial que se pretendía revolucionaria pero que, después de su fulgurante comienzo, empezó a combinar, de manera sospechosa, títulos perfectamente olvidables como *Novela del amor humilde*, del portugués Norberto de Araujo, con obviedades comerciales como *El país de la bruma*, de Arthur Conan Doyle, y novelas humorísticas como *El juicio final*, de Henri-Pierre Cami. De manera que Ediciones Oriente acabó juntando, en chirriante mezcolanza, obras notables de la literatura comprometida, como las ya citadas *Tampico* o *Corydon*, que eran recibidas con alborozo, con otras de los “señoritos de la literatura” que encajaban mal con el nicho de mercado que los jóvenes de Oriente habían pretendido conquistar. Pero también se hacía convivir, en precaria e incómoda comunidad, sólidas apuestas por la nueva literatura, como Miguel Ángel Asturias (que, en puridad, se hubiera ajustado mucho mejor al catálogo de Historia Nueva) con debutantes de medio pelo como el reportero sensacionalista Adelardo Fernández Arias, autor de la soporífera *Miss Atlántico* y de *La princesa del Transiberiano*, que ya no tiene nada de ruso salvo el mítico ferrocarril zarista, o Juan Antonio Cabezas que, con *Señorita 0-3*, ostenta el dudoso honor de haber sido el número 36 del catálogo: el último título de la editorial en 1932. Asimismo, la apuesta por el libro político revolucionario, incluso en la estética y el diseño, que se encontraba en la base impulsora del proyecto original, fue sustituido de rondón por “libros objeto”, más o menos fetichistas y de literatura galante, como ocurrió con el volumen de Camille Mauclair *Vida amorosa de Baudelaire*, en traducción de José Lorenzo, que inauguraba una supuesta “colección Iseo” de bellos libros artísticos, decorados y lujosos, que no se prolongó más allá de este título pero que, en todo caso, contravenía los principios más básicos del libro popular sobre los que se había querido levantar Ediciones Oriente.

Así las cosas, Historia Nueva, concebida como filial de Ediciones Oriente para el mercado americano, y bajo el criterio de un César Falcón con el que José Venegas no acabó de congeniar nunca, parece en realidad una editorial literariamente mucho más organizada que su empresa matriz⁹. Para empezar, construyó su

⁹ Limeño de 1892, cuando llegó a España en 1920, César Falcón era, sobre todo, el fiel e inseparable amigo de José Carlos Mariátegui, el más grande filósofo marxista de Latinoamérica, con el que había fundado en Perú el semanario *Nuestra Época* y luego el diario *La Razón*. Deportado por el gobierno peruano por propaganda antigubernamental, Falcón, de familia humilde y campesina, y que empezó de

catálogo en torno a distintas colecciones. La primera, “Estudios y Crítica”, se inició en el mismo 1928 con un ensayo del periodista y académico Eduardo Gómez de Baquero, bajo su habitual seudónimo de Andrenio, *Nacionalismo, hispanismo y otros ensayos*. El siguiente título de la colección, un conjunto de ensayos sobre aborto y eugenesia del prestigioso catedrático de derecho penal Luis Jiménez de Asúa titulado *Libertad de amar, derecho a morir*, llegó a alcanzar cuatro ediciones y fue todo un emblema de la editorial, al igual que *Amor, conveniencia y eugenesia*, de Gregorio Marañón, que alcanzó tres ediciones entre 1929 y 1930. Cabe decir, en honor a la verdad, que ambos títulos habían encontrado en realidad el terreno muy abonado al abordar temas polémicos y que desafiaban el *establishment*, pero popularizados ya entre nosotros a través de editoriales libertarias, como la valenciana Generación Consciente o la barcelonesa Salud y Fuerza, que hicieron desprejuiciada campaña por la anticoncepción, la higiene sexual, el aborto o el neomaltusianismo dando a conocer autores como Paul Robin, fundador en París de la ‘Liga de la Regeneración Humana’ y que había arrasado en nuestro país con folletos como *La mujer pública*, que alcanzó las quince ediciones, todas en editoriales populares anarquistas (Soriano y Madrid: 123). La serie se completó con unos ensayos del revolucionario historiador Américo Castro sobre Santa Teresa y con *Crónica del Crimen*, otro título de Jiménez de Asúa, futuro parlamentario republicano y entonces un intelectual sin duda incómodo para la universidad española y para el propio régimen de Primo de Rivera, que lo había deportado a las Islas Chafarinas en 1926 y lo había suspendido varias veces por el irreverente contenido de sus conferencias sobre control de la natalidad (Tuñón de Lara, 1988: 81-88).

chico de los recados en algunas rotativas limeñas, se batió el cuero en el periodismo español y consiguió trabajar en la revista *España*, que dirigía Luis Araquistáin, y hasta ejercer la corresponsalía en Londres del diario *El Sol* de Madrid. Asociado al extremismo político se casó con Irene Lewy, secretaria personal de Dolores Ibárruri, y dirigió el semanario *Nosotros*, subtítulo “Órgano de la Revolución Mundial”. Con todo, su gran oportunidad fue Historia Nueva, que dirigió con habilidad, entusiasmo y algún desorden, y en la que publicó *El Pueblo sin Dios*, su obra más emblemática, pura reivindicación indígena y en parte también memorándum de sus experiencias agrícolas en las plantaciones de Huánaco, en las que había trabajado de niño. Su ardor revolucionario no decayó con la República, en la que participó con un radicalizado partido: la Izquierda Revolucionaria Antiimperialista. Defensor de un arte de combate, fundó en 1935 la importante compañía del “Teatro Proletario” con actores no profesionales, dirigió *Mundo Obrero*, órgano del partido comunista y, durante la Guerra, impulsó y dirigió *Altavoz del Frente*, programa de radio pero también singular publicación de trincheras en la que ensayó nuevas formas de arte popular. Su exilio fue, fundamentalmente, mexicano, nacionalidad que acabó adquiriendo. Sobre la Guerra Civil es importante su testimonio *Madrid*, publicado en 1938, y sobre la crisis occidental, tema que le fascinaba, su ensayo *El mundo que agoniza*, publicado ya en México en 1945. Murió en 1970, de regreso al Perú. Venegas, que acabó desquiciado con él en Ediciones Oriente nos ofrece en sus memorias algunas anécdotas curiosas de su proteica y poco dócil personalidad. Cfr. Venegas (1944: 147-150) y Falcón (1982).

El irredento carácter del grupo editorial se confirmó con la segunda serie parida por Historia Nueva, “La lucha contra el imperialismo”, cuyos dos únicos títulos, ambos de autores argentinos próximos al socialismo, eran sendos y despiadados denuestos contra el amigo americano: *Yanquilandia Bárbara*, de Alberto Ghirardo y *Nuestra América y el imperialismo yanqui*, de Alfredo Lorenzo Palacios, el primero de los cuales ya se había dado a conocer entre nosotros en la colección “La Novela Roja” de la editorial ácrata Prensa Roja (Soriano y Madrid: 182).

Otro de los debates abiertos por el poder editorial obrero, el feminismo, fue asumido por Historia Nueva con la colección “Ediciones Avance”, coordinada por Irene Falcón (Irene Lewy), que albergó cuatro títulos: *Hypatia*, de Dora Russell, suerte de respuesta a la novela reaccionaria *Lysistrata*, de A.M. Ludovici, que Revista de Occidente había publicado en 1926; *Las románticas*, de María Luz Morales, pionera del periodismo cultural español con sus críticas de cine y teatro en *La Vanguardia* de Barcelona, periódico que llegó a dirigir tras el exilio de Gaziel (Cabré, 2017); *La dama y los bolcheviques*, de la poetisa ucraniana Vera Inber y la aberrante *La técnica del amor*, de Doris Langley. La serie, sin duda interesante, fue una decidida apuesta por consolidar una temática casi tabú en la edición comercial, pero en realidad ninguno de sus títulos podía sorprender demasiado a los lectores de Salud y Fuerza, Generación Consciente o Acracia, editoras libertarias que, apenas dos décadas antes, habían abierto brecha contra la línea de flotación de la ideología de sexo masculino dando a conocer los subversivos textos de Ana María Mozzoni, René Chauquí, Alejandra Prat o Paul Robin.

En la colección “La Política” fue donde César Falcón concentró toda la artillería del nuevo republicanismo radical con hasta dos títulos de Marcelino Domingo, que acababa de fundar, como sabemos, el PRRS junto con el también colaborador de Ediciones Oriente Álvaro de Albornoz. Muy visible en los últimos estertores del régimen, firmante del Pacto de San Sebastián y conspirador en Jaca (Tuñón de Lara, 1988: 94-95), Domingo aportaba a la colección *Una dictadura en la Europa del S.XX*, de 1929, y el seminal *¿A dónde va España?*, publicado el año siguiente como profecía que no iba a tardar en cumplirse. Ambos contribuían a apuntalar la ya más que evidente crisis de la monarquía. El inevitable Luis Jiménez de Asúa, militante moderado en las filas del PSOE, pero azote, como hemos visto, de la intelectualidad de su tiempo, aparece también en esta colección con los ensayos *Política, figuras y paisajes*, de 1929, confirmándose como una de las grandes apuestas del proyecto. Ese mismo año aparecía *Voz y voto*, del desconocido Rafael Calleja. “La Política” se completaba con Ramón de Belausteguigoitia, figura esencial dentro del nacionalismo vasco radical y agrario, pero que en la colección aparece con *México de cerca*, sobre el país donde residía (Rabel s/f).

“Ediciones Última” y “Ediciones médico-sociales”, surgidas ya en los últimos

tiempos de la editorial representan otro guiño a las editoras obreras. La primera era una colección de reediciones en pequeño formato de clásicos extranjeros vinculados a la lucha proletaria. Aparecen Tolstoi (*Las relaciones entre los sexos*), Máximo Gorki (con una nueva traducción de *La madre* debida a José Viana), el comunista italiano Palmiro Togliatti (*El control obrero*) o el pacifista alemán Leonhard Frank (*El hombre es bueno*). La colección incluía también una biografía de Rasputín y un ensayo de Economía Política de A. Bogdanoff, todo en la línea de ese enciclopedismo de izquierda que tan radicalmente habían encarnado los impulsores de la revolución editorial libertaria en los años precedentes. Igualmente inspirado en ella encontramos la concienciada colección divulgativa de temas higiénicos, aunque esta sólo llegó a incorporar dos títulos: *Desde la boda hasta el amor*, de Josef Lobel y *La crisis del psicoanálisis*, de Auguste Marie.

Distinto es el caso de la colección “La Nueva Literatura” en la que, si lo que se prometía era construir un nuevo canon literario o una apertura al «arte novísimo con intención social», lo cierto es que se marcó un fiasco con un Benjamín Jarnés (*El convidado de papel*) o un Ramón Gómez de la Serna (*El dueño del átomo*) que ni eran tan nuevos -al menos el segundo- ni estaban en realidad tan lejos de la literatura esteticista, antipopular y deshumanizada de la que Ortega y Gasset ejercía como anfitrión, metafórico y real, a través de las páginas de *Revista de Occidente*. Ambos autores fueron, no obstante, muy queridos por el joven grupo editor, pues también habían publicado en la casa matriz, lo cual hace pensar que, a la altura de 1929, se estaba produciendo, por decirlo de algún modo, un desinflamiento ideológico de la editorial, pero también que hubiera un no poco de impostura en las inflexibles proclamas de los jóvenes de *Post-Guerra*. El caso de Joaquín Arderius, que abrió la colección en 1928, es sin duda distinto pues, si bien no era joven, sí que representaba muy vivamente la nueva literatura de avanzada, con su esperpéntico sarcasmo para despiezar los vicios de la España decadente. Su aportación a la serie, *Los príncipes iguales*, es todavía hoy un prodigioso ‘tour de force’ estético-político que Historia Nueva reeditó en 1930¹⁰.

¹⁰ En cierta medida, Arderius fue el abuelo de los narradores de avanzada, pues sus primeros títulos aparecieron cuando Balbontín o Díaz Fernández apenas eran adolescentes. Murciano de Lorca, Joaquín Arderius nació en 1885 (Vílches de Frutos da 1890) en una familia intelectual de clase alta que le pagó unos estudios de ingeniería en Lieja que, enfermo de literatura, nunca concluyó, estableciéndose en Madrid con el objetivo de triunfar como escritor. Su compromiso es tardío, como el de su maestro Valle-Inclán, con el que coincide en la cárcel y al que profesa una admiración sin igual, siendo acaso el discípulo más avanzado del creador del esperpento, como demuestra en novelas como *Así me fecundó Zarathustra* (1923) y *Ojo de brasa* (1925). Sus vínculos con el nuevo romanticismo se inician en *Post-Guerra* cuando Arderius tiene casi 50 años. *Los príncipes iguales*; *Justo, el evangélico*; *El comedor de la pensión Venecia*; *Vida de Fermín Galán*, escrita junto con Díaz Fernández, anticipan sus títulos más radicales *Lumpenproletariado* (1931) y *Campesinos* (1931), publicados ya en Zeus, editorial que

Pero donde Falcón dio el todo por el todo y marcó realmente la senda de la literatura de “el nuevo romanticismo” fue con “La Novela Social” que inauguró él mismo en 1928 con su potente fresco de la explotación indígena *El pueblo sin Dios*. Es cierto que el término “novela social” acaso sea puro pleonasma, pues ningún producto literario puede dejar de serlo, y se ha acabado utilizando de forma muy extensiva aglutinando procedencias estético ideológicas de muy distinto signo (Becerra, 2017: 60), pero en aquel aciago momento histórico venía a representar sin ambages la bandera de una generación que hacía de ese nuevo realismo comprometido un arma de lucha contra un ‘statu quo’ que creían no estar muy lejos de poder cambiar. Falcón lo entendió bien con *El Pueblo sin Dios*, título que fue acogido con gran entusiasmo reeditándose al año siguiente, igual que ocurrió también con su *Plantel de inválidos*, aunque esta ya era de por sí una reedición, pues Pueyo la había sacado en 1921. No obstante, el mayor éxito de Historia Nueva y acaso de toda la narrativa social española de los años veinte y treinta fue *El Blocao*, fulgurante debut en la ficción de José Díaz Fernández, acaso el intelectual más representativo de esta nueva ola de vanguardistas humanizados a la que no iba a tardar en dar nombre y carta de naturaleza en los ensayos de *El Nuevo Romanticismo*. Recreando algunos supuestos episodios autobiográficos de su experiencia en el tercio durante el desastre de Annual, *El Blocao* se centra en la vida de soldados comunes y corrientes, sin heroísmos ni machadas, para destazar con violencia la anacronía del colonialismo y sus espurios intereses económicos; más que una novela pacifista, *El Blocao* es, en puridad, un reportaje artístico sobre los entresijos domésticos de la Guerra, de cualquier Guerra, con su heroicidad de medio pelo y su miseria. *El Blocao* pone a prueba las propias teorías de su autor acerca de un arte nuevo, que aúne vanguardia estética y política, y a fe que lo logra en esos siete estremecedores relatos, que arrasaron en su primera edición de 1928, y volvieron a las prensas dos veces más en 1929¹¹.

él mismo impulsó, con Díaz Fernández, con el que fundó también la revista *Nueva España*. Su último título, *Crimen*, es de 1934. Luego inició un silencio literario de más de treinta años. Como a su gran amigo Díaz Fernández, a Arderius le pudo al fin la política. Asociado al comunismo tras abandonar el Partido Republicano Radical Socialista, participó activamente en la Guerra Civil, presidiendo el Socorro Rojo Internacional. Su exilio fue también en tierras calientes valle-inclanescas. Murió en México en 1969, muy lejos ya los tiempos en que creyó en la contribución del arte para virar esta tierra de una vez. Cfr. Vilches de Frutos (1984: 141-162); Fuentes (1971: 197-215) y Gil Casado (1973: 529-530)..

¹¹ Acaso sea José Díaz Fernández (1898-1941) el miembro de la “Generación Perdida” de escritores sociales de pre-guerra que despierte mayor interés, dentro del general y malicioso olvido en el que parecen encontrarse todos. Aunque era salmantino, de Aldea del Obispo, pasó su infancia y adolescencia en Asturias, donde estudió Derecho y se fogueó como periodista en algunos periódicos locales. Llamado a filas en 1921 fue enviado al vórtice del conflicto marroquí y permaneció allí con su regimiento durante un año, experiencia que le valió para comprender la absurda entraña de la disciplina castrense y el borde inhumano del conflicto colonial. Trabajó a su retorno en *El Sol* con Ortega, y allí conoció a la

La colección se continuaba con Julián Zugazagoitia, al que se considera precursor de la novela social con la muy temprana *Una vida anónima* de 1927, pero que alcanzó, no obstante, su obra más “avanzada” precisamente con *El Botín*, que Historia Nueva presentó en 1929 dentro de la serie y que aún hoy resulta una estimulante crónica-ficción del obrerismo vasco.

Al igual que Díaz Fernández, otros dos socios del grupo editorial Oriente se sintieron concernidos por esta colección de narraciones de denuncia de la miseria moral y social del capitalismo monárquico. El primero José Antonio Balbontín, con *El suicidio del príncipe Ariel*, que fue su debut narrativo en el prolífico año de 1929¹² y el segundo, que cerró la serie aquel mismo año, Joaquín Arderús, que había publicado ya *Los príncipes iguales* en la serie “La Nueva Literatura”, pero

plana mayor de la *Revista de Occidente* y optó por el polo opuesto, primero en *El Estudiante*, luego en *Post-Guerra* y, finalmente, en Ediciones Oriente, que fundó, como se ha visto, a finales de 1927. Con el fulgurante éxito de *El Blocao* (1928) inició una breve carrera literaria, que continuó con *La Venus Mecánica* (1929), con la fundación de la emblemática revista *Nueva España* en 1930, algún relato en volúmenes colectivos, como “La largueza”, incluido en *Las siete Virtudes*, y la biografía de Fermín Galán que firma al alimón con Joaquín Arderús, hasta acabar en su obra más representativa, *El Nuevo Romanticismo* (1930), ensayo en el que recopilaba todas sus ideas sobre el compromiso intelectual y los deberes éticos del arte para alumbrar el feliz concepto de “literatura de avanzada” que no de vanguardia, en el que habrían de incluirse tan maltratados autores como Arderús, Arconada, Manuel Ciges o Julián Zugazagoitia. La pasión política, que le había llevado a la cárcel durante la dictadura militar, le llevó luego al Parlamento, primero con el Partido Republicano Radical Socialista, que ayudó a fundar, y luego con la Izquierda Republicana de Azaña, y lo fue alejando paulatinamente de la literatura, para desesperación de su viejo amigo José Venegas que, como un precursor de Allen Ginsberg, aullaba que con él se perdía la mejor mente de su generación. Sus últimas crónicas, *Octubre Rojo en Asturias*, sobre la fallida revolución asturiana de 1934, aparecieron bajo el seudónimo de José Canel, decepcionado ya de la posibilidad de un arte que pueda transformar el mundo. Como recuerda César de Vicente, Díaz Fernández no participó, de hecho, en ninguna de las más importantes revistas culturales del periodo final de la II República ni participó, durante la Guerra, en el Congreso de Intelectuales para la Defensa de la Cultura, de 1937. Murió en Francia, después de haber enfermado en un campo de concentración de Toulouse, durante su huida al exilio. Cfr. el prólogo de César de Vicente a su edición en Stockcero de *El Nuevo Romanticismo* y el de López de Abiada de 1985. Cfr. también Venegas (1944:167); Gil Casado (1973: 32-33); Esteban y Santonja (1977: 306-307); López de Abiada (1982: 56-65) y Boestch, L. (1985).

¹² De José Antonio Balbontín (1893-1978) a menudo se recuerda que, por una extraña maniobra parlamentaria, acabó siendo el primer diputado comunista que tuvo nuestro país, al integrarse en el PCE en 1933 su Partido Radical Socialista Revolucionario, por el que ocupaba escaño en el Parlamento, pero no se ponen ganas en recordar su activa militancia contra la dictadura de Primo de Rivera, sus vínculos con el anarquismo (en especial por su fértil amistad con el mítico libertario andaluz Pedro Vallina), su fulgurante paso por la FUE, la co-dirección de *El Estudiante*, su importante papel en el Partido Republicano Radical Socialista, presidiendo la Agrupación madrileña, y luego su renuencia a la colaboración con la izquierda azañista, y con las tibiezas de la II República, discrepancia de la que acabó emergiendo el Partido Radical Socialista Revolucionario, cuyos miembros fueron “Los jabalíes” del Congreso por su indómito carácter. Incómodo aún para los suyos por indisciplinado, Balbontín se exilió a Cardiff tras la Guerra, y luego a Londres, donde fundó una Junta Española de Liberación, con Luis Araquistáin, en 1944. Su absurda muerte atropellado por un coche tras su retorno del exilio es irónico McGuffin a una vida tempestuosa en la que también tuvo tiempo para ser pionero de la poesía social (*Inquietudes*, 1923), del teatro de combate (*Frente de Extremadura*, 1936) y aún de participar en la aventura de la narrativa social. Cfr. Balbontín, (1952) y Larrabide, (2008:165-185).

que alcanzaba con *Justo, el evangélico* su título de mayor mérito al trabar una sátira despiadada de la Iglesia y una encendida reivindicación de los oprimidos, con aire buñuelesco, irónico y surreal. Es uno de los mejores de la colección, y sorprendentemente, por los datos de que dispongo, nunca se ha reeditado.

En una entrevista para *La Gaceta Literaria* el 1 de septiembre de 1929, César Falcón se mostraba pletórico de ideas para continuar con la editorial, que ya se había convertido en Sociedad Anónima, desgajándose de Ediciones Oriente. Tenía en plantel nuevos títulos del proteico Álvaro de Albornoz; del infravalorado y sorprendente vanguardista ecuatoriano Pablo Palacio; del activista cubano Jorge Mañach; del revolucionario novelista mexicano Martín Luis Guzmán, autor de *La sombra del caudillo*; del subversivo pedagogo y agitador Joaquín García Monje, fundador en Costa Rica de la Alianza de Obreros, Campesinos e Intelectuales; y hasta de Sandino, el guerrillero nicaragüense. En fin, la definitiva apertura a la izquierda revolucionaria de Hispanoamérica que acaso estuviera en la génesis de la propia editorial. También pretendía sacar una revista mensual de ciencias sociales y políticas con lo más granado del pensamiento revolucionario a ambos lados del Atlántico (Cruz, 1929: 5). Ninguno de estos proyectos llegó a ver la luz en el lento declinar del grupo Ediciones Oriente que tuvo que ver cómo, en su momento de máximo esplendor, se sucedían las defecciones para fundar nuevas editoras de izquierda revolucionaria, de manera que, salvo contadas excepciones, el que fuera primer grupo editorial de avanzada pasó a «no publicar nada interesante, porque cada uno de los socios atendía a publicar él, en su propio negocio, los libros valiosos que encontraba» (Venegas, 1944: 150-151), en una atroz competencia que atomizó mucho el mercado. En esas circunstancias, Ediciones Oriente ya sólo pudo sobrevivir, en su lento desplome, hasta 1932. Historia Nueva había muerto un año antes, después de una brillante trayectoria de 38 títulos. Ambas habían cambiado radicalmente la forma de editar libros en nuestro país (Martínez Martín, 2001: 479-483).

La decadencia de Oriente

Nos resistimos a creer que el éxito de la editorial cogiera desprevenidos a sus impulsores, como ellos mismos han sostenido (Venegas, 1944: 142), pues una cosa es que el objetivo principal no fuera pecuniario y otra muy distinta que no hubieran tenido presente las demoledoras tiradas de las editoras revolucionarias de las décadas previas en las que pretendían inspirarse (Civantos, 2017: 207). Al

fin y al cabo, Ediciones Oriente quería ser un altavoz y un altavoz es tanto más rentable cuanto más gente haya para escucharlo. Lo que sí puede que desconcertara a su gerente es la rápida desafección de los hasta entonces muy entusiastas socios de la empresa.

A comienzos de 1929, de hecho, con Ediciones Oriente en la cresta de la ola, trasladada a un céntrico edificio de la calle Alcalá 65 y con la CEP (Central de Ediciones y Publicaciones), distribuidora propia por fin, funcionando a pleno rendimiento en la calle Marqués de Cubas 9, Andrade y Giménez Siles abandonan para montar inmediatamente la editorial Cénit. Para el esforzado gerente aquello siempre fue una traición de la que se recuperó mal, pues a su entender Giménez Siles había proyectado aquello antes de salir de la cárcel y pasó enseguida de ser socio a competidor molesto (Venegas, 1944: 150). El propio José Venegas, alegando la necesidad de estudiar bien el mercado americano, abandona también y la editorial se encontró de golpe dirigida por los elementos más moderados del grupo, José Lorenzo y Justino de Azcárate, que encargaron la dirección literaria al hasta entonces miembro del equipo de traductores Julio Gómez de la Serna (Santonja, 1986: 172-173). A no mucho tardar también José Lorenzo abandona el barco de Ediciones Oriente y a finales de 1929 lo encontramos ya al frente de Ediciones Ulises, una editorial ya mucho más literaria y convencional para la que rescató como traductor y socio precisamente a Julio Gómez de la Serna, que ya había realizado para entonces un importante golpe de timón hacia “lo literario” en Ediciones Oriente. El mismo Juan Andrade, antiguo director literario, demarró, ahora de Cénit, para fundar Ediciones Hoy, la pretendida primera editorial trotskista de nuestro país. Y otro viejo compañero de viaje de *El Estudiante*, Graco Marsá, funda Zeus en 1930, llevándose de Ediciones Oriente a Joaquín Arderús y José Díaz Fernández, que se convertirán en las máximas estrellas de un catálogo centrado en los autores españoles de la nueva vanguardia comprometida¹³. Desde luego esto explicaría la deriva “literaria” de la editorial en sus últimos tiempos, y esa huida más bien hacia atrás del otrora bien conjuntado grupo de cachorros de la extrema

¹³ En Zeus se publicará aquel mismo año *El nuevo romanticismo* de José Díaz Fernández, manifiesto generacional donde los haya, que consolida aquella tentativa de literatura social de vanguardia, que él denominó “de avanzada”, y a la que se incorporarían autores tan maltratados como Arderús, César M. Arconada, Julián Zugazagoitia o él mismo. Para la diáspora de Ediciones Oriente Cfr. Civantos Urrutia (2013). Sobre la espantada de los antiguos socios véase también Venegas (1944: 150-151) y aún Ródenas de Moya (2004: 13), para el que «irónicamente los combatientes contra el capitalismo disputaban entre sí e impulsaban por su cuenta nuevas empresas de edición al ver la cara amable de la plusvalía». Para construir la historia de Ediciones Oriente véase Fuentes (1982: 545-550) y el fundamental *Del lápiz rojo al lápiz libre* (1986) de Gonzalo Santonja.

izquierda burguesa, que llevaba hostigando a la oligarquía cultural patria desde los tiempos de *El Estudiante*.

No obstante, y siendo esto de todo punto innegable, sería una ingenuidad aceptar el puro mercantilismo como razón única de esta diáspora, al menos sin plantear un análisis de la situación política de 1929, principio del fin de la editorial, pues es posible que el viraje acaecido aquel año no fuera del todo ajeno al desplome, o mejor “desinterés”, que sobrevino sobre ella. A saber: después de varios meses de rápida configuración en la cárcel Modelo de Madrid y de un breve periodo de preparación para su recepción pública, se fundaba en julio el Partido Republicano Radical Socialista.

Con la declarada intención de convertirse en núcleo de condensación de las múltiples fuerzas difusas de la izquierda republicana, el PRRS nacía para ocupar el hasta ahora vacante espacio de la extrema izquierda republicana, situándose a la izquierda no solo de las formaciones del republicanismo histórico sino también de las agrupaciones progresistas de la burguesía liberal como Acción Republicana, fundada por Manuel Azaña en 1925, o el Partido Republicano Federal Español, que sobrevivía desde la Primera República y presidía entonces Eduardo Barriobero. En definitiva, el PRRS, sin hipotecas ni componendas con el régimen y con el prestigio del inconformismo y aún la subversión de sus líderes, era justamente lo que pretendían alcanzar aquellos jóvenes rebeldes que habían empezado con *El Estudiante* el proceso de socavación cultural que precede siempre a todo gran movimiento histórico. De hecho, en el manifiesto fundacional del Partido, firmado en diciembre de 1929 por 86 miembros de clase media intelectual, figuraban en lugar destacado los nombres de José Antonio Balbontín, Joaquín Arderús, José Díaz Fernández, Botella Asensi, Eduardo Ortega y Gasset y Ángel Galarza, procedentes todos, de un modo u otro, del grupo Ediciones Oriente. Incluso, en aquel manifiesto fundacional, las dos grandes personalidades del Partido eran dos autores muy “de la casa”, Álvaro de Albornoz y Marcelino Domingo, ministrables ambos casi desde el primer momento, como ministros fueron, de hecho, ya en el Gobierno Provisional de la República: Domingo, de Instrucción Pública, y Albornoz, de Fomento (Tuñón de Lara, 1988:119).

La actividad del impetuoso PRRS hasta la proclamación de la II República fue ciertamente vertiginosa, tanto en el pacto de San Sebastián, como en la Sublevación de Jaca, donde su protagonismo fue muy superior al del resto de partidos republicanos (Tuñón de Lara, 2000: 246-247 y 253-258), pero ese sobrevenido primer plano es indiscutiblemente deudor de los esfuerzos que la joven editorial de avanzada había hecho previamente por dar a conocer esta

radicalizada izquierda tan identificada con el movimiento obrero. El tono inicial del Partido, llamando a una revolución basada en el proletariado obrero y campesino, con Albornoz negándose a formar parte del juego parlamentario pues «en el Parlamento había muerto siempre la fuerza de la izquierda» (Avilés, 1985: 57), era de hecho el mismo programa que defendían los jóvenes de *El Estudiante y Post-Guerra* para unir sus fuerzas a las del movimiento obrero, y estaba en consonancia con ese proceso de promoción de la izquierda radical republicana que encarnaba a las claras Ediciones Oriente, con sus nada disimulados guiños a las editoriales obreras. De alguna manera el PRRS era el final de aquel camino, la meta, el espacio político ambicionado y casi impensable todavía en 1925 cuando desde la universidad empezaron a juntar sus destinos los futuros editores. En definitiva, el partido se convertía en el espacio «representativo de un sector del republicanismo de izquierdas que aspiraba a constituirse en representante político de los trabajadores anarcosindicalistas» (Avilés, 1985: 61).

Recordemos, por último, que el PRRS fue, con dos ministros (Albornoz y Domingo), el partido de izquierda burguesa mejor representado en el Gobierno Provisional, además de ocupar puestos clave como el de Gobernador Civil de Madrid (Eduardo Ortega y Gasset), o el de Fiscal General de la República (Ángel Galarza). La posterior historia del partido desde su triunfal incorporación al juego parlamentario (56 diputados en las Cortes Constituyentes en junio del 31, más del doble que Acción Republicana) hasta su aparatosa y prematura caída final con sólo un diputado propio en las elecciones de noviembre de 1933 (Tuñón de Lara, 2000: 295 y 368), pasando por su paulatina degradación y su viraje a la derecha desde que ostentó responsabilidades de gobierno, fue singular sin duda, así como la resaca de expulsiones de los miembros más extremados: el primero, José Antonio Balbontín en mayo del 31. Más adelante, en 1932, los expulsados fueron Botella Asensi y Eduardo Ortega y Gasset. No obstante, esa historia posterior no puede hacernos olvidar, desde luego, lo que era el PRRS en 1929, o al menos cuál era la marca de su prestigio (Ramírez, 1977: 91-124; Cucalón, 2007: 207-234 y Avilés, 1985).

Según las consideraciones arriba apuntadas es por lo que creemos que, funcionando el PRRS a pleno rendimiento, Ediciones Oriente pasó a ser, si no un estorbo, sí al menos algo muy secundario, una vez conseguido espacio político propio, y más aún cuando en enero de 1930 ya había aparecido, dirigida por Díaz Fernández, la revista *Nueva España* que, de algún modo, ejercerá de portavoz del partido y que, muy significativamente, publicará su último número un par de meses después de la proclamación de la II República (Aznar Soler, 2010: 154-178; Jiménez, 1980: 37-60 y Tuñón de Lara, 1986: 403-416).

Pero aquello no era todo todavía; quedaba algo más: del PRRS se desgajará pronto Joaquín Arderús, que ya a finales de 1929 pertenece al PCE, aunque acabará en 1933 en la Izquierda Republicana de Azaña, al igual que su amigo fraterno José Díaz Fernández, que había llegado a ser diputado con el PRRS en el 31. Otra defección notable fue la de Balbontín que, tras ser expulsado, funda el Partido Radical Socialista Revolucionario con la intención de seguir profundizando los vínculos de la izquierda republicana con el anarquismo, que el PRRS parecía haber desechado. En las elecciones a Cortes Constituyentes de junio de 1931, su partido araña seis diputados, los conocidos como “jabalíes”, que fueron azote parlamentario gubernamental. Acabó, como sabemos, en el Partido Comunista, del cual fue su primer diputado a Cortes, aunque perdió el escaño en 1933. También en el Partido Comunista terminó César Falcón, pero sólo después de haber fundado la Izquierda Revolucionaria Antimperialista que, en las elecciones de junio, concurrió en coalición con el partido de Balbontín bajo la marca de “Bloque Republicano Revolucionario”. Por otra parte, en 1930, ha surgido la Oposición Comunista de España, con objeto de agrupar a los trotskistas españoles, muchos de ellos depurados del PCE, y que luego adoptará el nombre de Izquierda Comunista de España, versión nacional de la Oposición de Izquierda Internacional que luchaba contra el estalinismo en todo el mundo. En esta aventura encontramos a otro viejo conocido de Ediciones Oriente, Juan Andrade, que ya entonces dirige Ediciones Hoy. Presidida por Andreu Nin, la Izquierda Comunista de España se fusionará en 1935 con el muy radical Bloque Obrero y Campesino, que había participado activamente en la Revolución de Asturias y de resultados de esa fusión aparece el Partido Obrero de Unificación Marxista, que dirigirá inicialmente Joaquín Maurín, líder del BOC. En este segundo viaje de la ICE, que le llevará a romper con el trotskismo internacional, encontramos también a Andrade, que fue miembro del comité central del POUM, director del órgano de prensa *La Batalla* y de una Editorial Marxista, surgida ya durante la contienda. Por su parte, Justino de Azcárate se asoció a la plataforma Agrupación para el Servicio de la República de Ortega y Gasset, otrora bestia negra de los hombres de Oriente, y con ella concurre a las elecciones a Constituyentes obteniendo escaño. Para estas fechas, José Lorenzo, afiliado al PSOE, ya había desaparecido discretamente de la política, igual que José Venegas, que reside en Argentina desde 1929, y allí prácticamente permanecerá ya hasta su muerte (Avilés, 1985: 35-83 y 199-202; López Villaverde, 2017: 183-209; Tuñón de Lara, 1977: 143-167)¹⁴.

¹⁴ Venegas, por cierto, pues con él queremos terminar, se había marchado de la política española tan discretamente como había llegado a ella, pero nunca abandonó el periodismo ya que «el olor a tinta de

Una última precisión: hasta cierto punto lo ocurrido con Ediciones Oriente es un preludio de lo que iba a ocurrir con los partidos de izquierda una vez conquistada la República. La postura unánime de rechazo a la monarquía en los días del Pacto de San Sebastián y la Sublevación de Jaca, el entusiasmo generador que dio a luz proyectos como el que ha sido objeto de este análisis, fueron diluyéndose, paulatinamente, una vez pudo cada partido arañar su propio espacio político, algo que dejaba en clara evidencia que las alianzas y afinidades que sirvieron para construir una república no resultaron suficientes o adecuadas para sostenerla, pero esto es, en todo caso, otra historia, aunque tampoco conviene que se nos olvide demasiado.

BIBLIOGRAFÍA

Avilés Farré, J. (1985). *La izquierda burguesa en la II República*. Madrid: Espasa-Calpe.

Aznar Soler, M. (2010). *República literaria y revolución [1920-1939]*, tomo I. Sevilla: Renacimiento.

Balbontín, J. A. (1952). *La España de mi experiencia*. México: Aquelarre.

Becerra Mayor, D. (2017). *El realismo Social en España. Historia de un olvido*. Roma: Quodlibet.

imprensa es un veneno que no sale jamás de la sangre» (Venegas, 1944: 52). Había nacido en Linares (Jaén), en 1896, y al igual que otros muchos de su generación, como Sender o Díaz Fernández, había vuelto a nacer tras la Guerra de Marruecos y el desastre de Annual, en el que participó como soldado de la escuálida potencia colonial que era ya España en 1921. Formó parte de la redacción de *El Liberal* de Madrid hasta 1924, en que el periódico fue vendido. Al año siguiente se afilió al PSOE, al que perteneció sin estruendo toda su vida, e inició una fatigosa carrera de ‘freelance’ entre Salamanca y Madrid, hasta la gran aventura de *Post-Guerra*, donde conoció a Díaz Fernández, otro hijo, como él, del sinsentido marroquí, aunque con mayor pasión política. Como ya sabemos fue voluntarioso y a veces desesperado gerente del que fuera primer grupo editorial de avanzada, en el que aprendió los singulares vasos comunicantes entre literatura, política y dinero, algo que quizá no fuera ajeno a su también discreta marcha de la editorial en 1929 para emprender las Américas. En Argentina, estudiando las posibilidades panamericanas de distribución del libro, permanece hasta 1931, año en el que regresa efímeramente para vivir los primeros pasos de la II República. Amante de la discreción y el segundo plano, lejos de los golpes de pecho y de los bandazos de algunos compañeros de generación, regresa a Argentina en 1932 de donde ya apenas saldrá intermitentemente hasta 1948, cuando fallece en la madurez de sus 52 años. Durante su anticipado exilio dirigió *España Republicana* en Buenos Aires y colaboró con la oficina de prensa de la embajada española en aquella ciudad. Como le pasó a Giménez-Siles, el exilio fue un bálsamo de Fierabrás para curar la amargura. Cfr. Venegas (1944), López de Abiada (1981) y Pérez Alcalá (2007 a y b).

Blanco Aguinaga, C., Rodríguez Puértolas, J. y Zavala, I. M. (2000), *Historia social de la literatura española*. volumen II (3ª edición). Madrid: Akal.

Boetsch, L. (1985). *José Díaz Fernández y la otra generación del 27*. Madrid: Pliegos.

Bueno Sánchez, G. (s/f). «Ediciones Biblos 1927-1928», Recuperado de: <http://www.filosofia.org/ave/003/c117.html>

Cabré, M. Á. (2017). *María Luz Morales pionera del periodismo*. Barcelona: Libros de la Vanguardia.

Civantos Urrutia, A. (2013). «La revolución editorial de El Nuevo Romanticismo» (pp. 125-144). De Vicente Hernando, César (coord.). *Una generación perdida: el tiempo de la literatura de avanzada*. Doral, USA: Stockcero.

____ (2017). *Leer en rojo. Auge y caída del libro obrero (1917-1931)*. Madrid: Fundación Anselmo Lorenzo.

Cruz, S. de la (1 de septiembre de 1929). «Editoriales españolas: Historia Nueva». *La Gaceta literaria*, 65, 5.

____ (15 de noviembre de 1929). «Editoriales españolas: Ediciones Oriente». *La Gaceta literaria*, 70, 6.

Cucalón Vela, D. (2007). «Aspirantes a caudillos o la imposibilidad de un partido: el Partido Republicano Radical Socialista ». *Alcores: Revista de Historia contemporánea*, 3, 207-234.

Díaz Fernández, J. (25 de septiembre de 1927). «Acerca del arte nuevo». *Post-Guerra*, 4, 6-8.

____ (1930). *El Nuevo Romanticismo*. Madrid: Zeus.

____ (1985). *El Nuevo Romanticismo* (edición, estudio y notas de José Manuel López de Abiada). Madrid: José Esteban Editor.

____ (2013). *El Nuevo Romanticismo* (edición de César de Vicente Hernando). Doral, USA: Stockcero.

El Estudiante (1 de mayo de 1925). «Libros». *El Estudiante*. Salamanca, 1, s/p.

____ (1 de julio de 1925). «Estudiantes y obreros». *El Estudiante*. Salamanca, 13, s/p.

____ (10 de Enero de 1926). «Estudiantes e intelectuales». *El Estudiante*. Madrid, 6, 1.

- Esteban, J. y Santonja, G. (1977). *Los novelistas sociales españoles (1928-1936)*. Madrid: Editorial Ayuso.
- Falcón, J. (1982). *El hombre en su acción*. Lima: Ediciones Hora del Hombre.
- Freixes, S. y Garriga, J. (2006). *Libros prohibidos. La vanguardia editorial desde principios del S. xx hasta la Guerra Civil*. Barcelona: Viena Ediciones.
- Fuentes, V. (1970). «la novela social española en los años 1928-1931». *Ínsula*, 278, 1, 12 y 13.
- ____ (1971). «De la novela expresionista a la revolución proletaria: en tomo a la narrativa de J. Arderius». *Papeles de Son Armadans*, CLXXIX, 197-215.
- ____ (1976a). «Los nuevos intelectuales en España. 1923-1931». *Triunfo*, 709, 38-42.
- ____ (1976b). «Post Guerra (1927-1928): Una revista de vanguardia política y literaria». *Ínsula*, 360, 4.
- ____ (1980). *La marcha al pueblo de las letras españolas 1917-1936*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- ____ (1982). «El grupo editorial Ediciones Oriente y el auge de la literatura social revolucionaria (1927-1931)». *IV Congreso Internacional de hispanistas (vol.I)*. Salamanca, 545-550
- Gibson, I. (8 de diciembre de 2007). «Dos noches de 1927». *Babelia*. Recuperado de https://elpais.com/diario/2007/12/08/babelia/1197074355_850215.html.
- Gil Casado, P. (1973). *La novela social española (1920-1971)* (2ª ed.). Barcelona: Seix-Barral.
- Giménez Siles, R. (1978). *Editor, librero e impresor. Guion autobiográfico profesional*. México: Feria del libro.
- ____ (1981). *Retazos de vida de un obstinado aprendiz de editor, librero e impresor*. México: Editorial Azteca.
- González, Á. (1981). *El grupo poético de 1927*. Antología (3ª ed.). Madrid: Taurus.
- González Calleja, E. (2005). *La España de Primo de Rivera: la modernización autoritaria*. Madrid: Alianza.
- Gutiérrez Álvarez, P. (2006). «Juan Andrade Rodríguez. El jacobino del comunismo

español». En Gutiérrez Álvarez, Pepe, *Retratos Poumistas*. Sevilla: Renacimiento, 54-78.

Jáuregui, F. (26 de noviembre de 1984). «Justino Azcárate». *El País*. Recuperado de: https://elpais.com/diario/1984/11/26/ultima/470271606_850215.html.

Jiménez Millán, A. (1980). «La literatura de avanzada a través de las revistas *Post Guerra* y *Nueva España*». *Analecta Malacitana*, 1, 37-60.

Larrabide, A.L. (2008). «Una novela social olvidada: *El suicidio del príncipe Ariel*, de José Antonio Balbontín». *E.H. Filología*, 30, 165-185.

López de Abiada, J. M. (1981). «Semblanza de José Venegas, hombre clave en la promoción y difusión de la cultura durante el quinquenio 1927-1932». *Revista de Historia Moderna y Contemporánea*, 8, 25-35.

____ (1983). «Acercamiento al grupo editorial de *Post Guerra* ». *Iberorromania*, 17, 42-65.

____ (1989). «De la literatura de vanguardia a la de Avanzada. Los escritores del 27 entre la deshumanización y el compromiso». *Journal of Interdisciplinary Studies*, 1, 19-62.

López Villaverde, Á. L. (2017). *La Segunda República (1931-1936). Las claves de la primera democracia española del siglo XX*. Madrid: Sílex.

Luis Martín, F. de (1994). «La juventud rebelde frente a la dictadura: El Estudiante entre Salamanca y Madrid, 1925-1926». En Luis Martín, F. de. *Cincuenta años de cultura obrera en España 1890-1940*. Madrid: Editorial Pablo Iglesias, 284-298.

Martínez Marín, J. A. (2001). «De la lectura popular a la lectura militante» (pp. 479-483). En Martínez Marín, J. A. (dir.). *Historia de la Edición en España: 1836-1936*. Madrid: Marcial Pons.

Martínez Rus, A. (2003). «La política del libro y las ferias del libro de Madrid (1901-1936)». *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 25, 217-234.

Memoria Chilena (s/f). «Mauricio Amster (1907-1980). Maestro del diseño y la tipografía». Recuperado de: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-3608.html#presentacion>.

Mengual, J. (2014). «El diseñador Mauricio Amster en España». *Negritas y cursivas*.

Recuperado de: <https://negritasycursivas.wordpress.com/2014/08/08/el-disenador-maurico-amster-en-espana/>.

____ (2017). «El trazo del impresor y editor Gabriel García Maroto». *Negritas y cursivas*. Recuperado de: <https://negritasycursivas.wordpress.com/2017/02/17/el-trazo-del-impresor-y-editor-gabriel-garcia-maroto/>.

Morán, G. (1998). *El maestro en el erial. Ortega y Gasset y la cultura del franquismo*. Barcelona: Tusquets.

Ortega y Gasset, J. (julio de 1923). «Propósitos». *Revista de Occidente*, 1, 1.

Pérez Alcalá, E. (2007a). «José Venegas: primera aproximación a su obra y a su persona». *Elucidario*, 3, 287–300.

____ (2007b). «José Venegas, periodista: su etapa en El Liberal de Madrid». *Elucidario*, 4, 79-92.

Portnoff, G. (1932). *Literatura rusa en España*. Nueva York: Instituto de las Españas.

Post-Guerra (25 de Septiembre de 1927). «Editorial». *Post-Guerra*, 4, 1.

____ (29 de Febrero de 1928). «La conmemoración republicana del 11 de Febrero». *Post-Guerra*, 8, 1.

Puyol, R. (s/f). *Ramón Puyol Roman Website*. Recuperado de: <http://www.ramon-puyol.es/>.

Rabel (s/f). «Belausteguigoitia Landaluce, Ramón». *Auñamendi Eusko Entziklopedia*. Recuperado de: <http://aunamendi.eusko-ikaskuntza.eus/eu/belausteguigoitia-landaluce-ramon/ar-23690/>.

Ramírez Jiménez, M. (1977). «La escisión del Partido Republicano Radical Socialista en la Segunda República española». En Ramírez Jiménez, M. *Las Reformas de la II República*. Madrid: Tucur, 91-124.

Ródenas de Moya, D. (2004). «Entre el hombre y la muchedumbre: la narrativa española de los años treinta». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 647, 7-28.

Santonja, G. (1986). *Del lápiz rojo al lápiz libre. La censura de prensa y el mundo del libro*. Barcelona: Anthropos.

____ (1989). *La República de los libros. El nuevo libro popular de la II República*. Barcelona: Anthropos.

Somolinos Molina, C. (2016). «Semblanza de Rafael Giménez Siles (1900-1991)». En Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes – Portal Editores y Editoriales Iberoamericanos (siglos XIX-XXI) – EDI-RED: <http://www.cervantesvirtual.com/obra/rafael-gimenezsiles-malaga-1900-1991-semblanza/>.

Soriano, I. y Madrid, F. (2016). *Antología documental del anarquismo español. Vol. VI.I Bibliografía del anarquismo en España, 1868-1939* (6ª ed. corregida y aumentada). Recuperado de: http://www.cedall.org/Documentacio/IHL/Antologia%20Documental%20del%20Anarquismo%20espanol_Bibliografia.pdf.

Tuñón de Lara, M. (1977). *El movimiento obrero en la historia de España* (volumen III). Madrid-Barcelona: Taurus/Laia.

____ (1986). «La revista *Nueva España*: una propuesta de intelectuales de izquierda en vísperas de la República». En VV. AA. *La crisis de la Restauración. España entre la primera Guerra Mundial y la II República*. Madrid: S. XXI, 403-416.

____ (1988). «La Segunda República». En Tuñón de Lara, M. (dir.). *Historia de España 9. La crisis del Estado: dictadura, republica, guerra (1923-1939)*. Madrid: Labor, 107-240.

____ (2000). *La España del S. XX* (3ª ed.). Madrid: Akal.

Vázquez Marín, J. (2008). «Julián Zugazagoitia: pionero de la novela social». *Cuadernos Hispanoamericanos*, 642, 63-70.

Venegas, J. (1944). *Andanzas y recuerdos de España*. Montevideo: Feria del Libro.

Vilches de Frutos, M. F. (1984). «El subjetivismo como constante vital: la trayectoria narrativa de Joaquín Arderíus». *Dicenda: estudios de lengua y literatura españolas*, 3, 141-162.